

CLARO DE LUNA

Modalidad: 12-16 años.

Eleanor Rigby

Salió por el portal, sin saber cómo iban a cambiar las cosas ese día, sin tener la más remota idea de lo distinto que sería todo. La mañana era fría y húmeda, lo habitual en la ciudad. El ruido de los coches, molesto, como cada día. Y el olor, también era el de siempre, el que salía de la pastelería de enfrente de su edificio. ¿Qué sabía él? Nada. Se puso la capucha y comenzó a caminar, a pensar en las nimiedades del día a día y sobre todo a bostezar.

Llegó al edificio, ese que le hacía madrugar cada mañana, que le hacía oír el ruido, oler la pastelería y todas esas monótonas acciones. Muchas veces se planteaba no volver a aparecer por allí, o presentar una carta de dimisión diciéndole a su jefe todo lo que pensaba de él y las ganas que tenía de largarse de aquella empresa; pero si hacía eso, ¿de qué viviría? Por lo tanto, aquellas abrumadoras e impulsivas ideas se desvanecían; se sentaba en su escritorio y comenzaba a leer todo lo que tendría que hacer ese día.

Eran las seis y media, le quedaban un montón de cosas que hacer; pero aquel lunes estaba siendo tan aburrido, repetitivo y cansado que se levantó, cogió su abrigo y le dijo a Sara una palabra: “Chao”. Esta sonrió y mencionó un “hasta mañana” o “hasta luego” que ni siquiera se esforzó por comprender. El camino de vuelta a casa fue rápido y pensó que ese día empezaría a hacer algo: deporte, leer, cocinar, o una de esas cosas que suele hacer la gente cuando se aburre. Cogió las llaves y mientras abría el portal, una hoja de papel le cayó en los pies. Supuso que sería publicidad enganchada en la puerta, quería tirarla, pero pensó que podría comprar algo de lo que se ofertase allí. En el ascensor decidió mirar de qué centro comercial o supermercado sería eso, pero para su sorpresa vio que era un papel con varios pentagramas y un montón de notas con indicaciones que no fue capaz de comprender. En el título ponía “Clair de Lune”, de un tal “Claude Debussy”. Giró el folio en busca de algo más que pudiera comprender y lo único que encontró fue un nombre, sólo ponía: “Amelia”.

Llegó al piso 14, el suyo. La vecina del B le saludó con un “¿qué tal?” a lo que él respondió con un saludo similar. Entró por su puerta, pero con un sentimiento de intriga que cada vez aumentaba más. Dejó su chaquetón en la mesa de la cocina, cogió un vaso con agua y se sentó en la mesa del ordenador. Abrió Internet y en el buscador escribió: “Clair de Lune, Claude Debussy”. Sonaron solamente tres notas, que le enamoraron; empezó a imaginarse unas dulces manos, las dulces de esa tal Amelia, acariciando un largo piano de cola, sonriendo inconscientemente. Se preguntó por qué nunca había tenido una afición, algo por lo que

valiese la pena sonreír; pero sin saber cómo, se dio cuenta de que esa pieza significaba algo, algo por que valdría la pena sonreír.

Le daba a repetir una y otra vez y no se cansaba de oírla. La puso mientras hacía la cena, mientras se duchaba, hasta dejó de ver un nuevo capítulo de su serie favorita sólo por escucharla una y otra vez. Cada vez que volvía a empezar, se imaginaba un trazo más de la chica: primero las manos, después los ojos, su pelo, hasta que así, finalmente, se hizo una idea completa de ella en su mente a la que cuando se metió en cama no paraba de dar vueltas en su cabeza.

Salió de su portal, cambiando un poco su rutina, para pasar por una pastelería cercana y alegrarse un poco el día. Se puso los cascos, en un día que, para cambiar todo, fue seco y soleado; pulsó “aleatorio” y sorprendentemente comenzó a sonar “Clair de Lune”. Era un día muy luminoso; pero para ella era de noche como siempre; cada rutina, cada segundo era de noche. Caminó entre la gente, corriendo de un lado a otro, imaginándose cómo serían. Le encantaba imaginar cómo serían las cosas; pero lo que más le gustaba imaginar era su violín, aquel maravilloso objeto con el que tocando una cuerda que ni podía ver, se sentía llena, feliz y, sobre todo, le hacía sonreír.

A su abuela le fascinaba siempre aquel programa, con el que cualquier partitura simplemente escaneándola sonaría, y gracias a ello, su preciosa nieta podía tocar esas maravillosas melodías.

Siguió caminando con su bollo entre las manos, camino del estudio, en el que se encontraba el escáner que le permitía sonreír. Caminó apresurada, deseando llegar y poder perfeccionar la pieza. Tardó unos diez minutos, buscó las llaves en su bolso y abrió inquieta el portalón verde. Llegó a la mesa, encendió el ordenador y se dispuso a escuchar una vez más su pieza favorita. Pero para su sorpresa faltaba una hoja, aunque no sabía cuál. Hizo que sonaran todas y advirtió que era la primera. ¿Dónde se le habría quedado?

Llegó al despacho, con una sonrisa que hacía tiempo que nadie veía, le preguntaron que qué le ocurría y lo único que hizo fue tararear las primeras notas del tercer movimiento de la “Suite Bergamasque”. Aunque fuese un martes muy monótono él notaba un ambiente distinto, la

atmósfera no estaba cargada y olía a ambientador, un dulce olor. Esa mañana acabó con todo el trabajo que tenía pendiente y fue adelantando tareas. Ayudó a sus compañeros, y lo más sorprendente de todo fue, que a las cinco y media, estaba libre, sin nada que hacer y un montón de tiempo para buscar su nueva actividad, su nueva ocupación al salir del trabajo, algo que le hiciera sonreír. Tardó unas horas; pero antes de las nueve decidió ir en busca de esa tal Amelia, que el día anterior había estado en su edificio. No podía ser muy difícil ¿no? Se tomaría el miércoles libre y se dedicaría a buscarla.

Comenzó a darle vueltas a la cabeza, se había pasado el día poniendo todas las hojas en el escáner para ver qué era, y ninguna era la que buscaba. Aunque no le sirviese de mucho poder tocarla, la buscaba con todas sus fuerzas, desesperada. No le valía otra, esa era la de su madre con las anotaciones que ella había dejado, antes de que naciera la ya no tan pequeña Penélope. Su madre se había ido, y eso era así; la había dejado cuando era muy pequeña, nadie tuvo la culpa, pero así fue. La verdad es que el recuerdo que tenía de ella era muy vago; si se concentraba, podía ser capaz de escuchar su voz aunque le costaba mucho. Ya era de noche, supuso y cuando iba a darle al botón del reloj para que sonase la hora, oyó la alarma que le avisaba de que eran las nueve. Comenzó a recoger, todavía muy preocupada, triste por no acordarse de lo que podía haber hecho con aquel trozo de papel que significaba tanto para ella. Fue lo más rápido que pudo a su casa, y saludó a su abuela con un vago esfuerzo. La canosa y arrugada señora se preguntó qué le pasaría a su nieta, la notaba apagada, triste y sin ganas de nada.

Sonó el despertador, a la hora a la que normalmente se levantaba, para apresuradamente llegar a su aburrido trabajo; pero ese día, se tomó todo con calma; tomó un gran desayuno, se pegó una buena ducha y se relajó. Mientras tomaba su gran tostada de pan de molde con aceite, comenzó a preguntarse cómo conseguiría encontrar a la dueña de aquella hoja. Estuvo dándole vueltas el suficiente tiempo como para tomarse toda la tostada y una o dos tazas de cafés, no llegó a ninguna conclusión final, pero optó por preguntar por su edificio -de arriba abajo-. Esa tarea, por lo menos, le ocuparía toda la mañana, así que de momento estaba bien. Se puso unos vaqueros, la sudadera que se había traído en su último viaje a Londres, unas zapatillas, se lavó los dientes, cogió las llaves y salió por la puerta.

Se montó en el ascensor y buscó el piso deseado, pulsó y comenzó a preguntarse qué hacer;

cómo encontrarla, cómo poder volver a tocarla. Lo primero que pensó fue recorrer todos los lugares en los que había estado dos días antes, así que comenzaría por aquel café. Caminó lentamente, sin escuchar nada de lo de fuera, simplemente intentar recordar el camino. Le resultó bastante fácil; al fin y al cabo, aquella vez no había sido la primera vez que estaba allí. La acogedora cafetería todavía estaba cerrada, lo que le pareció lógico ya que aún eran las ocho menos cuarto. Pidió a alguien que pasaba si le podía decir el horario, que imaginó estaría en la puerta, a lo que le respondieron que faltaban unos escasos minutos.

Decimoquinto piso, ocho de la mañana, habría que despertar a unas cuantas personas, pero era lo que tocaba. En el A le abrió una señora que jamás había visto; ésta le dijo que la dejase dormir, que le tocaba turno de tarde y que nadie en su familia tendría ni idea de quién era el compositor, y menos aún cómo tocarla. Siguió por el B, esta vez se topó con un señor bastante gordo, que cada vez que se lo encontraba en el portal, saludaba con una agradable sonrisa, aunque esta vez le puso cara de ogro mencionándole que lo máximo que había tocado un instrumento había sido la flauta, en el colegio. Así se recorrió varios pisos; ya había pasado sobre una hora, cuando le dieron ganas de mandar a la señora del décimo B escaleras abajo; la mujer le dijo que vivía sola y que no sabía tocar el piano, pero que su ahijada sí y así comenzó a contarle la historia de todo su árbol genealógico. Cuando la señora le dijo: “Bueno, chiquillo, tengo médico en media hora”, se sintió aliviado y se fue lo más rápido que pudo.

Se tomó dos té, pero en aquel agradable café no estaba así que, resignada, salió por la gran puerta de cristal. Estaba desganada, sólo le apetecía llorar o encontrar su partitura. Pero no podía buscarla si lloraba así que se propuso ser fuerte una vez más y se dispuso a pensar otro sitio donde pudiese estar. Llevaba como quince minutos caminando, sin darse cuenta de que iba sin rumbo, cuando comenzó a percatarse de que tenía que ensayar algo; al fin y al cabo, esa era la gran noche. Si no encontraba la maldita hoja, podría vivir igual; pero esa noche tenía que salir todo perfecto, o eso se había prometido.

Solamente le faltaba por comprobar si pertenecía a algún vecino del primer piso; sólo uno estaba habitado, y sabía que la que vivía allí era ciega; aunque nunca la había visto, le habían hablado de ella así que ¿cómo iba a ser ella? Se dió por rendido y se fue al bar de enfrente a comer algo, no le apetecía demasiado cocinar ahora y, desde luego, no iba a pedir una pizza. Se sentó en la mesa del fondo, pidió una coca-cola y un plato de macarrones con tomate, que

tardaron apenas tres minutos en servirle. Aunque mientras esperaba, le dio tiempo a ver que esa noche, alguien, un violinista acompañado por un pianista, tocaría música de Debussy, casualmente el autor de la pieza que tenía en posesión así que, sin ni pensárselo dos veces, avisó al camarero de que le reservase una mesa para esa noche y como quería ir solo, que la mesa fuese sólo para él y que nadie estuviese demasiado cerca; el camarero asintió y sonrió.

Llegó al café hacia las seis y media, exactamente dos horas antes de su temida actuación. El agradable camarero le dijo que debía de tener un admirador, porque un chico había reservado una mesa. Ella sonrió. Le preguntó si podía afinar el violín para tenerlo todo a punto, porque estaba muy nerviosa y no quería tener sustos de última hora. El camarero le dijo que por supuesto que sí y que si necesitaba ayuda, que ahí estaba. El pianista llegó tres cuartos de hora más tarde, justo a la hora a la que habían quedado. Hicieron un repaso general; pero en la pieza en la que más se pararon fue, como no, su favorita, "Clair de Lune". A las ocho menos cuarto el camarero abrió el café, para que pudiera ir acercándose gente.

Fue muy puntual; exactamente a las ocho y veintisiete apareció por el lugar donde había reservado ese mediodía. El chico de horas antes le acompañó hasta su mesa y le comentó que era el mejor sitio, que allí estaría solo como quería. Realmente los músicos debían de ser buenos, no cabía ni un alfiler, y eso que él tenía un montón de espacio.

Le sudaban las manos; era la hora, estaba lleno- le dijo su acompañante. Fue del brazo del pianista hasta su posición, hicieron un saludo y la gente comenzó a aplaudir. Tocarón varias piezas, y se notaba en el ambiente que estaba siendo maravilloso, que la gente estaba disfrutando.

Ya eran las nueve, se estaba dando cuenta de que la violinista era fantástica, tenía muchísimas ganas de decirle cuánto le estaba encantando aunque la chica tenía una cara muy poco habitual: unos ojos muy grandes, pero siempre cerrados. Ya tendría tiempo de vérselos después.

Era el momento de tocar la última obra, la mejor de todas. En ese momento quiso que la gente se enamorase de ese sonido, que pudieran ser tan felices como ella cuando lo tocaba,

que todos encontrasen una razón para sonreír.

Oyó un par de notas, y enseguida supo que estaba sonando; abrió los ojos como platos, los oídos y el corazón, estaba nerviosísimo. Esperaba la resolución de cada acorde, se notaba más feliz que nunca.

Se agarró al brazo de su maravilloso pianista y, entre los aplausos del público, hicieron una reverencia y ella, con su dulce voz dio las gracias a todos, y dijo: “Ojalá todos hayáis encontrado algo por lo que sonreír, o por lo menos, lo hayáis hecho esta noche. Gracias”, y se retiró.

Fue oír esas palabras y él se dio cuenta de que tenía que conocerla, tenía que saber si era ella, si era Amelia. Avisó una vez más al camarero y le dijo que si podía llevarle a donde estaba aquella chica; a lo que, como siempre hacía, asintió y sonrió. El camarero le condujo al almacén donde estaba ella.

-Hola, Penélope, soy yo, Pablo.

-¡Ah, hola, ya tenía ganas de volverte a ver!

-Me siento, ¿vale? Por cierto, ¿tú no habrás perdido la primera página de la última pieza que tocaste anoche? Llevo buscando a su dueño varios días aunque realmente lo que buscaba era algo por lo que valiese la pena sonreír.

Ella hizo un amago de sonrisa, le buscó la mano, la apretó y le dio las gracias por haberla encontrado.

No sólo había encontrado la partitura, la había encontrado a ella; se habían encontrado. Tal vez estén todavía allí.